

Figuras profanas de la locura y control social en un barrio pobre francés: el caso de los jóvenes de la calle

Lay Representations of Madness and Social Control in a French Poor District: the Case of the Young People of the Street

Thomas SAUVADET

Universidad París VIII / Laboratorio CESAMES
(Centre de recherche Santé Mentale, Psychotropes, Société)

Thomassauvadet@hotmail.com

Recibido: 20.6.06

Aceptado: 28.9.06

RESUMEN

El artículo se centra en las figuras profanas de la locura elaboradas en el seno de un grupo de jóvenes que tiende a apropiarse las calles de su barrio, un barrio popular afectado por la crisis socioeconómica. Se trata pues de una sociología de la locura que no es una sociología de los mundos de la ciencia y de la psiquiatría. El estudio procura aclarar el génesis de estas figuras profanas y se interesa en sus funciones normativas. Se destacan al final dos formas mayores de «locura»: 1) la que podemos llamar «locura positiva», en el sentido en que respeta ciertas reglas sociales, forma parte de la competición social y permite de este modo un acceso a los recursos económicos y simbólicos del grupo en cuestión; 2) la que podemos llamar «locura negativa», en el sentido en que ya no se refiere al juego social referido (o se refiere a él torpemente) y provoca formas diversas de exclusión.

PALABRAS CLAVE: Juventud, barrios pobres, competición, violencia, locura, figuras profanas, control social, exclusión, subcultura, ghettoización.

ABSTRACT

The article is centred on the lay figures of madness as elaborated within a group of young people tending to appropriate the streets of its district, a working-class district affected by the socioeconomic crisis. It is a sociology of madness which is not a sociology of the worlds of science and psychiatry. The study tries to clarify the genesis of these lay figures and is interested in their normative functions. In conclusion, it shows two major kinds of “madness”: 1) one that we can call “positive madness”, in the sense that it complies with a number of social rules, responds to social competition and thus allows an access to the economic and symbolic resources of the concerned group; 2) one that we can call “negative madness”, in the sense that it no longer refers to the social game in question (or refers to it awkwardly) and generates exclusion.

KEY WORDS: Youth, slum areas, competition, violence, madness, lay figures, social control, exclusion, subculture, ghettoisation.

1. ¿LOS «JÓVENES DE LOS SUBURBIOS»?

Este artículo no trata sobre la totalidad de los jóvenes que residen en los suburbios HLM (HLM: Vivienda de Protección Oficial) donde yo mismo viví durante mucho tiempo (periferia sur de París) y donde realicé una investigación mediante la observación participante durante tres años (2000-2003). El artículo se centra únicamente en aquellos que se llaman o que son llamados «los jóvenes de los suburbios»¹, en otras palabras los que se encuentran en las entradas de las torres y en la calle: un espacio estigmatizado (mala reputación, símbolo de marginalización) tanto por las personas del exterior como por numerosos residentes de los suburbios. Los muchachos que están «constantemente» en la calle provienen masivamente de las familias más pobres del barrio, pero la pobreza (relativa) no lo explica todo. De esta manera un joven vietnamita prefiere vender cocaína en el distrito 13 de París (donde reside una importante comunidad asiática). Otro joven hace lo contrario de su hermano mayor y aprueba sus exámenes escolares², otro está en los Testigos de Jehová o en un grupo de militantes islámicos³, otro ha sido absorbido por una carrera deportiva, etc. En general los jóvenes son de origen magrebí o subsahariano (pero no exclusivamente: existen hijos de italianos, de portugueses, de españoles, de polacos, de franceses, de gitanos sedentarizados, etc.). Jóvenes, en «banda», pobres, de sexo masculino y a menudo de origen «visiblemente» extranjero, tienen la conciencia de ser el objeto de múltiples estigmatizaciones (generacionales, étnicas, socioeconómicas, etc.). Se dan cuenta del rechazo y del miedo que causan en muchos de los transeúntes. Los jóvenes en cuestión son unos cincuenta y representan una vigésima parte de la población juvenil y masculina que vive en el barrio. Todos se conocen (o casi), forman grupos que provocan miedo y hacen que el resto de

los jóvenes se escapan del barrio. Entre ellos se ponen motes y organizan solidaridades en relación a un cuadro común: «*La del suburbio*». Tienen entre cinco y treinta años y esta sociabilidad «intergeneracional» parece ser por momentos verdaderas relaciones de filiación. Por supuesto, los niños no tienen realmente conciencia de todo esto, pero se familiarizan con ello. La relación se crea gracias a un reconocimiento mutuo: los más jóvenes constatan y aprenden a temer, admirar y a imitar la autoridad de los mayores, por su parte, los mayores aprenden a identificarse con los más jóvenes, a reconocer sus infancias a través de las de los jóvenes: a veces dicen que les «educan», que les ayudan, que les aconsejan, les compran dulces, etc., pero les utilizan también de manera cínica al igual que ellos fueron utilizados en su tiempo. P. Bourdieu (1997) explica: «Y la ilusión populista que hoy se alimenta de una retórica simplista de la ‘resistencia’, hace ignorar uno de los efectos más trágicos de la condición de los dominados, la inclinación a la violencia que genera la exposición precoz y continua a la violencia: existe una *ley de conservación de la violencia*, y todas las investigaciones médicas, sociológicas y psicológicas muestran que el hecho de estar sometido a maltrato durante la infancia [...] aumenta de manera significativa las probabilidades de ejercer a su vez violencia sobre el resto (y a menudo sobre sus propios compañeros de desgracia), a través de crímenes, robos, violaciones, incluso atentados, y también contra sí mismo, como el alcoholismo o sobre todo con la toxicomanía.» A mi parecer, la «resistencia», que existe, sólo se comprende bien si no se la separa de esta *ley de conservación de la violencia*.

A partir de la adolescencia, nuevos jóvenes (unos cincuenta) se mezclan parcialmente con los que están casi constantemente en la calle. En general, provienen de familias menos pobres: se van a menudo de vacaciones, hacen estudios más largos... Estos jóvenes son vistos como

¹ En Francia los barrios pobres se llaman «suburbios HLM» (HLM: Viviendas de Protección Oficial). La expresión «jóvenes de los suburbios» (o, por extensión, «del suburbio») aparece en los años 80, una época en la que Francia se encuentra afectada por un paro estructural, una falta de interés en la política (matizada por la reemergencia de la extrema derecha) y de una gran caída de la tasa de la sindicalización. El «movimiento obrero» se desmorona. Los suburbios HLM, en su época símbolos de la eliminación de barrios de chabolas, se convierten en barrios que hay que renovar y donde se concentra la pobreza. Los «jóvenes de los suburbios» poco a poco se convierten en las «nuevas clases peligrosas». Emergen en el paisaje mediático durante las revueltas del barrio de las Minguettes (en donde se incendian coches, se saquean escaparates de comercios, hay enfrentamientos con la policía), en Lyon, en 1981. Esta problemática de la precariedad y de la violencia se conjuga con la de los estupefacientes cuyo consumo se ha proletarizado y se ha transformado en una «plaga social» con un paro crónico (Mauger, 1984) y de epidemia (las inyecciones de heroína por intravenosa son un problema debido a la aparición del SIDA). (Para un análisis de los cambios institucionales engendrados entonces ver: Joubert, 1999.)

² Sobre los mecanismos de elección parental y sus implicaciones sobre la elección escolar, ver: Mauger, 2001.

³ Con respecto a la existencia de los diferentes estilos de vida desviantes propuestos a la juventud popular, ver: Mauger, 1994.

«extranjeros», «hijos de papá». Se encuentran en una posición de inferioridad, lo que no siempre está explícito: es necesario dejar vías de salida honorables⁴. A pesar de una atracción hacia un «mundo marginal» (como puede ser «el barrio gitano» en la escena sociocultural española), con el tiempo estos jóvenes entienden su inadecuación y se orientan más rápidamente que el resto hacia el tándem «familia/trabajo». Con más recursos escolares, con menos aspecto de «jóvenes de suburbios», controlan mejor los códigos culturales dominantes y encuentran un trabajo más rápidamente.

Los «jóvenes de los suburbios» frecuentan esencialmente sus pares y se asocian con ellos para formar grupos que reúnen la totalidad o una parte de estos últimos. El grupo «jóvenes de los suburbios» raras veces está completo. Está compuesto de pequeños grupos que se encuentran, se asocian y se disocian en permanencia, pero que siempre se unen frente al «extranjero». En el seno de una misma categoría de edad, cada pequeño grupo, sobre todo a partir de la adolescencia, se especializa más o menos en una actividad (consumo de drogas, delincuencia, deporte, etc.). Un joven que vive en las calles de su barrio puede entonces «escoger» entre diferentes grupos de compañeros, entre diferentes actividades típicas, con la condición de que tenga las cualidades requeridas para integrarse en los diferentes grupos (capacidades deportivas y/o delictivas, control de los efectos del consumo de drogas). Todas estas demarcaciones no siempre son claras: evidentemente, no existen formalidades, los encuentros son a menudo aleatorios y las pertenencias pueden ser vagas y/o múltiples.

Todos estos jóvenes crecen en una cultura típica: vestuario, gestos y lenguajes específicos, música rap... Un «punk», un «hippie» o un «hard-rocker», etc., no tienen entre ellos su lugar. Se trata de una referencia (implícita o explícita), parcial pero real, a los jóvenes de los ghettos norteamericanos y a su cultura «hip-

hop». Si la pobreza (relativa) no es el único factor explicativo de la adhesión al grupo «jóvenes de los suburbios», ésta representa sin embargo un dato determinante ya que la pobreza provoca un enclave territorial. Se hace difícil salir del barrio: desescolarización⁵, paro⁶, rechazo de trabajo desagradable y precario, poco poder adquisitivo, lo que frena cualquier movilidad (salir de vacaciones, mudanza de casa⁷), acoso policial y acoso de los servicios de seguridad privada, estigmas que complican la interacción con las personas «ordinarias». El barrio se convierte en una base identitaria colectiva⁸ y crea una relación afectiva. Sin embargo, en las calles de este barrio, la subcultura de los «jóvenes de los suburbios» domina y reprime las subculturas juveniles competidoras. Dicha subcultura también está basada en un sentido agudo de la noción de «arreglárselas» y de la relación de fuerza; en otras palabras, ésta posee una cierta fuerza de atracción.

Los jóvenes «de los suburbios» entienden el profundo carácter social de las pruebas que pasan y se dan cuenta de su fuerza y de sus capacidades de acción colectiva en el territorio en el que viven. La necesidad de las «protecciones de cercanías» (Castel, 2003) se alimenta, a mi parecer, de la inseguridad social de la que los jóvenes son víctimas: la desorganización estructural impone, a lo largo del tiempo, la producción de una organización local. Donaciones, contradonaciones, préstamos, servicios diversos y utilización de créditos, compras, ventas, trueques, tráfico, luchas colectivas contra el estigma, solidaridades frente a la policía: operaciones que se desarrollan en este contexto de precaridad y de interconocimiento, que dura el período de la juventud, que integra a los más jóvenes (los entrantes) al mismo tiempo que pierde a los mayores (los que salen: que se dirigen hacia el tándem trabajo/familia). Paralelamente, los conflictos y las rivalidades internas del grupo impugnan continuamente estas relaciones de

⁴ Sobre este tema ver E. Goffman (1969).

⁵ Ningún joven llega a la universidad.

⁶ La tasa de paro alcanza por lo menos un 70% de la población de más de 16 años.

⁷ Se constata un prolongamiento de la juventud, por falta de poder construir una situación de adulto (piso personal, empleo, familia). Éste es un fenómeno generacional (Chauvel, 2002) más activo en las clases más modestas. El fenómeno es diferenciado en función de los círculos sociales. En paralelo, la «crisis de la adolescencia» es más precoz e intensa en los círculos populares; ésta corresponde a una emancipación (respecto a la esfera familiar) más rápida y radical. Por otra parte numerosos estudios han recalado la relación entre nivel socioeconómico y nivel de control parental (Mucchielli, 2000). En la edad de joven adulto, la cohabitación prolongada con los padres impone ciertas distancias, unas «presencias fantasmas» (Sayad, 1993) para evitar al mínimo el conflicto. La calle y los amigos se convierten en el espacio principal de socialización.

⁸ Un fenómeno popular clásico, ver por ejemplo: Hoggart, 1970; Schwartz, 1990.

confianza y de solidaridad. El individualismo y las broncas relacionadas con el reparto son frecuentes, ya que si el «Nosotros» que reivindican los «jóvenes de los suburbios» genera recursos (redes financieras delincuentes, puesta en común de bienes diversos y variados, prestigio ligado a las separaciones jerárquicas implícitas o explícitas), estos últimos son sin embargo insuficientes. En consecuencia, la carencia («la penuria», como dicen) produce selecciones constantes y genera abandonados ocasionales o casi permanentes. En otras palabras, la competencia es fuerte. Esta es una de las características de la pobreza: exacerba la necesidad y las rivalidades, aunque por otro lado también pueda producir solidaridad y ayuda mutua. La pobreza agrava este doble movimiento. El primer movimiento aquí tiende a ser el más significativo, lo que explica la desilusión progresiva que afecta a los miembros del grupo estudiado cuando creen en este ideal de fraternidad entre «colegas del barrio»: la lógica utilitarista es cada vez más influyente, al igual que el capitalismo salvaje propio de la economía ilícita de la droga⁹ (cannabis e incluso cocaína). Frente a las diferentes formas de penuria, los más fuertes, los más temidos, son los que se «sirven primero»: por ejemplo, al preparar las «escapadas», no hay suficientes coches, no hay suficiente espacio disponible (diez asientos para veinte jóvenes), y los jóvenes se pelean por «formar parte», para no estar «atrapados en el barrio» y no «volverse locos», en otras palabras no saber como engañar el aburrimiento ni como evitar la desvalorización de sí mismo. Un joven declara:

«El sábado pasado, me quedé atrapado en el suburbio. Los demás se fueron. Sólo quedábamos yo, Malek, Steve e Hicham. Normalmente, yo tenía que moverme también, pero el gordo Büllent se enfadó, y entonces... Ni caso, jugamos a las cartas en un sótano como ratas. Estaba jodido. La cerveza, el hachís, me ayudaba un poco, estaba harto de todo. ¡Tenía ganas

de hacer algo, ves! Algo original aunque fuera una locura. Te das cuenta, tenía ganas de reventarme la cabeza, tenía la impresión de volverme loco, todo me daba igual. Me hablabas de cualquier cosa y me perdía».

«Los profesores, los educadores, los policías siempre están sorprendidos», nos dice François Dubet (1987), «al ver emerger del ‘infierno’ a sujetos destruidos, deshechos, locos, cuyos actos ya no se pueden entender según los modos espontáneos más compartidos de interpretación y de interacción».

2. FIGURAS PROFANAS DE LA LOCURA¹⁰: ¿JUGAR AL LOCO O SER MANIPULADO POR LA LOCURA?

A) LA «LOCURA POSITIVA» O SOCIALIZADA

Para no deprimirse, para «formar parte» (y ocupando el lugar de otro al que se le despoja de su prestigio) ser simpático es insuficiente: también hay que saber hacerse el «desequilibrado»¹¹, el «loco» (como ellos dicen), hay que saber hacerse temer¹². La «locura» aquí se sitúa del lado de lo imprevisible, inspira el miedo y a través de él influye en las relaciones de fuerza entre jóvenes. La locura es utilizada para señalar una determinación temible, una capacidad de escalada que no toma en consideración las consecuencias. Ser un «loco», o hacerlo creer, es aventurarse sin ninguna aprehensión en cualquier conflicto. Se trata de ser «capaz de todo», de cometer un acto público, demostrativo, que los demás no puedan olvidar, «una cosa de locos», como dicen ellos (pelearse cuatro contra uno, provocar voluntariamente un accidente de la circulación). Hay que saber reaccionar ante una provocación, pues la ausencia de reacción justifica la dominación. La fuerza impone el derecho, como lo explica la antropología del

⁹ La utilización de la violencia física es indispensable para el que desea hacer carrera en la economía ilícita de la droga. Ésta se basa en el principio de crédito y todo el problema viene de la gestión de la deuda, de las relaciones entre el que presta y el que debe. Muchos de los jóvenes, particularmente pobres y endeudados, no pueden pagar a sus prestamistas a tiempo y jerarquizan sus deudas en función de la urgencia de reembolso. La jerarquización de las deudas es un trabajo permanente para los pobres, como lo constata J-F. Laé y N. Murard (1985). La urgencia se determina por las capacidades de coerción de cada prestamista. En otras palabras, se paga a los más peligrosos. Sólo éstos últimos pueden manejar sumas de 10.000 euros, ser competitivos, asegurar la mercancía...

¹⁰ Sobre la pluralidad de las conciencias de la locura a través de la historia (conciencias científicas o profanas de orden práctico, moral, mitológico...), ver: Foucault, 1972.

¹¹ Ver en la época de los «loubard»: Monod, 1968.

¹² Esta capacidad también se emplea (por momentos) para defender a los cercanos (familia, amigo(s)): su seguridad física, sus bienes, su tranquilidad, su reputación... En este sentido, no es puramente un procedimiento individualista, y aun menos un procedimiento completamente egocéntrico basado en la «vanidad viril» de una adolescencia ansiosa.

honor de J. Pitt-Rivers (1997). Es necesaria una cierta «locura» para adaptarse a las relaciones humanas, para defender o conquistar las fuentes concedidas por las relaciones de proximidad (y sin duda, se trata de una locura puesta al servicio de un ideal racional). Esta «locura» se relaciona generalmente con la «escuela de la calle»: no tener miedo, aceptar cualquier reto, «ser un hombre a toda costa». Escuela, ya que es una lección: es sólo después de haber sido víctima o haber visto infligir humillaciones debido a una falta de valor físico, que la persona evalúa el peso del control social y lo que está en juego en el «honor», únicamente gracias a la experiencia es capaz de teatralizar convincentemente su coraje, optimizando de esta manera el «honor» obtenido. Esta locura aparece cuando las redes relacionales se concentran en «los jóvenes de los suburbios»¹³ (o las personas no son capaces de salir de ellas). La «locura» en cuestión es un modo de gestión psicológico que permite guerrear con determinación apoyándose en un código moral que da valor, que sirve de referencia, que da las agallas de estar «loco». Lo podemos apreciar ostensiblemente durante los monólogos que preceden las peleas y donde los jóvenes machacan «de donde vienen», «quienes son» y «lo que tienen que hacer», un «método Coué» perfectamente controlado por Brice (joven adulto):

«¿Qué se cree? ¿Que voy a flipar? ¡Para mí, la calle es mi casa! ¿Por qué viene a joderme? ¡Me da mala leche, me da mala leche! ¡A mí no hay que joderme! ¡A mí no se me vacila! ¡Yo vengo de la

calle! ¡Yo soy un loco!».

Tratan de persuadirse de que su orgullo está suficientemente mortificado para que les obligue a ser «loco», a no dar marcha atrás, a aceptar los retos¹⁴ incluso potencialmente mortales. Los jóvenes reivindican su pertenencia a «la calle» y su «locura». Se trata de convencerse rápidamente de la necesidad de aceptar el riesgo físico. La expresión que se utiliza generalmente, «soportar la presión», demuestra el conocimiento que poseen de los diferentes estados que llevan a los nervios a desplegar una energía insospechada, guiada por el valor, la rabia, la «locura» (el lenguaje común utiliza además la expresión «estar loco de rabia»). La subida rápida de las emociones es una prueba de adaptación a las situaciones difíciles con las que se encuentran¹⁵. Deben saber movilizar rápidamente su «locura». Los jóvenes aprenden a utilizar un sistema de gestión de la «locura», un sistema que comienza con la amplificación de la furia y de la pasión, de las fuerzas morales que son determinantes para encontrar en lo cotidiano el valor de la acción¹⁶, es así que nace la expresión frecuente de una relación utilitarista con estos sentimientos («Mi rabia, es mi carburante», «¡Mi odio lo cuido, lo necesito!»), al contrario, el sentimiento amoroso trae consigo una beatitud juzgada peligrosa («El amor mata, el odio mantiene con vida»). Más tienen los jóvenes «el odio», «la rabia», más están «locos», más se sienten llevados por un soplo conquistador. El entorno de los «jóvenes de los suburbios» es el espacio en donde es posible expresar su rabia, su «locura», de utilizarla y aprovechar sus beneficios. Es

¹³ Y/o sobre grupos cuyo funcionamiento relativamente similar en lo que concierne la distribución del “honor” (círculo del bandillaje, círculo pugilista o militar...).

¹⁴ J-F Laé y N. Murard (1985), al observar la vida de un suburbio al comienzo de los años 80, subrayan que la gran fuerza de los habitantes es primero la presencia física cuando ejercen el “derecho de ser pobres” y bloquean las ventanillas de la ayuda social haciendo gestos amenazantes. Al constatar que la reputación no puede apoyarse en un capital familiar, económico, etc., D. Lepoutre (1997) explica que “ésta se encuentra enteramente en la persona física y en las conductas personales en acuerdo con los ideales compartidos por los miembros del grupo, el valor (físico) y la elocuencia”. Esto corresponde más bien a la noción de “cultura de oposición” propuesta por Ph. Bourgois (1995).

¹⁵ Para tomar un poco de distancia con respecto a dicha dinámica, se puede leer el trabajo de R. Muchembled (1989).

¹⁶ C. Von Clausewitz (1989) constataba: “Los tres cuartos de los factores en los que hay que basar la acción de la guerra siempre quedan más o menos sumergidos en la incertidumbre, el que los maneja necesita una penetración extrema del espíritu para descubrir la verdad gracias al tacto de su juicio. [...] Para salir victorioso de esta continua lucha contra lo desconocido, el espíritu necesita dos cualidades indispensables. La primera es lo que en francés se llama tener “vista”; es una luz interior que, en esta oscuridad, ilumina todavía la inteligencia para poder descubrir algunos vestigios de la vía que conduzca a la verdad. La segunda es el espíritu de determinación que da el valor para dejarse guiar por este pequeño fulgor. [...] Sólo basta incluir en el conjunto los cuatro elementos de los que se compone la atmósfera de la guerra: el peligro, los esfuerzos físicos, la incertidumbre y la suerte, para darse cuenta de la extrema fuerza moral de la que hay que estar dotado para avanzar hacia el éxito con confianza y determinación en tal medio. [...] El estado de ánimo ejerce una influencia muy decisiva sobre las fuerzas físicas. [...] Las pasiones, buenas o malas, aparecen como verdaderas potencias morales en el gran drama de la guerra. [...] Debido al hecho de que la guerra es un acto de fuerza, la pasión también desempeña necesariamente su papel”.

el espacio donde la rabia ejerce una utilidad social: la rabia convierte y hace creíble al personaje del «matón». Gracias a esta «locura» de temerario, los más frágiles encuentran las agallas para de-satar su violencia y devalúan la fuerza física de sus competidores: cuanto más delgado está el joven, más debe mostrarse «loco» ya que sólo su «locura» intimida a sus rivales (así surge el tipo ideal «pequeño nervioso hipersusceptible y temerario»). La reputación de «loco» es particularmente útil para él, la reputación crea un capital simbólico que ofrece enseguida la casi certidumbre de ser acreditado de tener, por anticipado, capacidades «guerreras» temibles. La violencia física y la «locura» que la acompaña pueden ser vistas como una inversión que una vez efectuada permite estar más tranquilo: la capacidad de intimidación es suficientemente operacional para volver inútiles otros recursos a la fuerza¹⁷. En otras palabras, «la utilización material de la locura» permite a veces no volverse «loco», en el sentido en que puede hacer que las condiciones de vida sean más soportables y entonces proteger el equilibrio físico del actor. La repetición de situaciones de estrés puede dar sensaciones que permitan controlar o aniquilar la rabia anteriormente mencionada. 43% de los jóvenes destrozan y/o golpean cuando están enfadados (Choquet, Ledoux, 1998). La violencia orientada hacia el exterior puede ser un comportamiento preferible a la violencia orientada contra sí mismo, ésta puede a veces proteger al actor, entonces puede ser preferible desde el punto de vista del actor, puede articular de mejor manera la «ley de conservación de la violencia» citada precedentemente *vía* el trabajo de P. Bourdieu.

Aquí existe un carácter racional y estratégico (que se relaciona con el cálculo y con la búsqueda de un interés simbólico y/o material¹⁸), ya

que sin esta capacidad de intimidación, más vale no tratar de ser un líder, o de ser un *dealer*, o de ser «el que se sirve primero». Como lo explican G. Mauger y C. Fossé-Poliak (1983) a propósito de los «gamberros»¹⁹, los jóvenes de las zonas populares (sobre todo los de las fracciones más descalificadas) se apoyan en un sistema de clasificación «fuerte/débil» ligado al capital físico y de manera general al «capital guerrero» (Sauvadet, 2005a) que incluye, a mi parecer, la inteligencia estratégica (la intimidación oral²⁰, la fuerza del número y las capacidades psíquicas de la gestión del estrés (fundamentalmente frente a las herramientas de la violencia). Si éstas capacidades no funcionan, podemos entonces hablar de «locura negativa» por oposición a la forma de la «locura potencialmente positiva» que acabamos de describir.

B) LA «LOCURA NEGATIVA» O DESOCIALIZADA

En el primer caso, es decir cuando la inteligencia estratégica y las capacidades psíquicas de gestión del estrés no son suficientemente operativas, la «locura» conduce a la marginalización e incluso a la exclusión, ya que ignora cada vez más el control social de la violencia ejercida por el grupo «jóvenes de los suburbios». Esta violencia está efectivamente sometida a diversas formas de control, formas que se han convertido en imprescindibles debido al cuestionamiento del monopolio del Estado en lo que respecta a la violencia física. Un joven a quien golpean no debe pedir asistencia a la policía, en el caso contrario, se encuentra socialmente descalificado, incluso agredido físicamente: es en el grupo, con el grupo, y sobre todo con los líderes, con los que se hace «justicia» —o no²¹. El grupo se inte-

¹⁷ Pero frecuentemente debe asegurarse. El carácter pacífico del rentista que realiza inversiones como un “buen padre de familia” no existe. Las formas de acumulación primitiva del honor (violentas) nunca desaparecen del todo.

¹⁸ En paralelo, el cálculo concernido se basa en los conocimientos incorporados, casi inconscientes, en otras palabras en el orden del sentido práctico tal como ha sido definido por P. Bourdieu (1980).

¹⁹ Los “loubards” son un poco el equivalente de los “jóvenes de los suburbios” en la Francia industrial y próspera después de 1945.

²⁰ Sobre este tema ver la relación entre Samir y D. Lepoutre (1997).

²¹ En el contexto del sur de Italia entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, P. Arlacchi (1986) explica: “Hasta ahora hemos examinado el momento violento e individual del fenómeno mafioso, el momento de la competición anómica entre competidores por la conquista de una supremacía que es fuente de estima y de consideración pública. Sin embargo existe un segundo momento en el fenómeno mafioso, cuya importancia es similar al primero pero radicalmente opuesto. Este momento se puede definir en términos de proceso de *institucionalización* del honor y de la transformación de éste en un *poder* reconocido, legítimo. En efecto, ¿qué sucede cuando la competición por la supremacía concluye en la victoria de un competidor más fuerte, que logra alcanzar los grados más altos de la honorabilidad? Sucede que éste último busca imponer su protección al territorio y a la población, al establecer un monopolio de violencia física que le permita conservar a toda costa su propia posición. Tratará entonces de «congelar» la repartición existente del honor y de atenuarla al reglamentarla y al controlarla, esta lucha de todos contra todos que constituye la base del sistema. Para conseguir estos objetivos, las virtudes arcaicas como el valor, la temeridad y la fuerza, y las que favorecen su ascenso no bastan. El mafioso debe ser

resa en las peleas, en la legitimidad de las agresiones (el motivo y la manera). Si la relación de fuerza lo permite, el grupo sanciona (ver más abajo: «Un ejemplo de “locura negativa”: la historia de Abdel»). A veces hace falta tiempo, el tiempo para que el rumor se difunda, para que se creen las alianzas, para que un nuevo evento sirva de disparador. Esta gestión también proviene del miedo colectivo de la «verdadera locura», que no es un «bluff» o un «mal funcionamiento controlado» que permite posicionarse favorablemente. Frente a todas las frustraciones sufridas, frente a todas las exclusiones y las agresiones vividas, rápidamente se toma la conciencia de un límite de la razón humana²², y la idea de que la «verdadera locura» acecha a los que se dejan ir, a los que no se controlan y amenazan seriamente la existencia misma del grupo «jóvenes de los suburbios». Cada uno sabe que ciertos miembros del grupo son capaces de «bascular», «de explotar psicológicamente», lo que se traduce con todas las expresiones de tipo: «*Está bajo presión*», «*tengo demasiada presión*», «*le va a explotar la cabeza*», «*voy a venirme abajo*»... La «presión» de la que se trata crea la «locura negativa» cuando ésta genera un nivel de agresividad tan alto que se acerca al nihilismo permanente y a la asociabilidad constante: las normas sociales se vuelven totalmente obsoletas. La «rabia» y el «odio» (como dicen) contra todos (cercaños o lejanos) empujan hacia el extremo e impiden toda concesión a las reglas sociales. La sola y única lógica es entonces la del enfrentamiento, por los motivos más banales (compartir un cigarrillo...)

o los más serios (protección de un hermano menor...). La «locura negativa» se encuentra aquí del lado de la violencia «total», una violencia proyectada sobre el entorno.

Para entender esta «presión» generar la «locura negativa», hay que imaginarse la suma de tensiones y de frustraciones que se acumulan, a veces muy rápidamente. Por ejemplo, una jornada que comienza con problemas escolares, continúa con peleas entre «jóvenes de los suburbios» y se termina recibiendo la rabia y los insultos de los padres. El círculo (familiar, amistoso, escolar...) es entonces uniformemente juzgado agresivo, cada espacio de socialización se encuentra como sometido a fuertes turbulencias: el vínculo social es opresivo, inestable, agotador. Paralelamente, la inseguridad socioeconómica tiende a producir una vida vivida al momento que engendra estrés cotidiano²³. Así, los jóvenes estudiados tienen a menudo la impresión de acercarse de un límite, cerca de la «verdadera locura», de un «agujero negro» como lo explica F. Dubet (1987)²⁴. Se preguntan si van a poder aguantar mucho más tiempo con ese ritmo. Se observan, se califican de «locos», de «verdaderos locos», se lanzan retos para «jugar al loco», piden que ese «juego de locos» se detenga antes de que sea demasiado tarde.

Como lo explica C. Dejourné (1998), los oficios con riesgos obligan a jugar un juego con riesgo para mejor denegar el riesgo (en el sentido en que el juego con riesgo rechaza la percepción del riesgo, y la aleja de la conciencia y de esta manera permite un bienestar –irracional

capaz de poner en obra actividades de gobernante, si quiere morir en su cama, honorado y venerado como un hidalgo. El león debe acompañar al zorro. Debe mostrarse prudente, equilibrado y astuto, con el fin de poder ser aceptado y reconocido por la población. Dicha población tiene que ver en su personaje no sólo un macho victorioso y fuerte, capaz de aniquilar cualquier adversario, pero también una autoridad superior, el padre y el amigo de todos, el protector, el mediador, el consejero y el juez. La búsqueda de un principio de regulación del conflicto social es, por otro lado, muy activa en las zonas mafiosas. El sistema socioeconómico aquí está sometido a una amenaza de desintegración continua y real, existe entonces la gran necesidad de un poder supraindividual, público, capaz de crear por lo menos una apariencia de orden colectivo».

²² El vínculo entre condiciones de vida (sobre todo los acontecimientos vitales) y la fragilización de la salud mental ha sido demostrado por numerosos estudios, tanto relacionados con el “paradigma del estrés” (influencia del estrés sobre los trastornos psíquicos) como con la “teoría de la estructuración social” (que define el origen de los trastornos mentales en relación con la organización de la sociedad, incluso con las desventajas de ciertos grupos o clases sociales con respecto al resto) o con la “teoría de la clasificación” (que busca aclarar los mecanismos de la estigmatización), sobre este tema ver: Lovell, 2003 (el autor realiza un balance de las publicaciones francófonas y anglosajonas). En los barrios de Marsella, ver: Boissinot Torres, 2003. El autor demuestra que “la conjunción de una vivienda vetusta y degradada, de una población en la que el paro sigue alto y la tasa de inmigración importante, trae como consecuencia una alta tasa de morbilidad. Las patologías y los problemas sociales se encajan y se potencian”. En este mismo sentido, M. Joubert (2005) constata y analiza la apertura del campo de la salud mental a los diversos componentes de la transformación de las relaciones sociales: paro de larga duración, desestabilización de las familias, desescolarización...

²³ Sobre este tema, ver: Bourdieu, 1997 (pp. 318-322: “*Une expérience sociale: des hommes sans avenir*”). La precariedad impuesta por el recurso masivo a los contratos de trabajo con duración determinada (a partir de los años 80) produce, por ejemplo, una dificultad en proyectarse en el porvenir incluso cuando se trata de obtener un empleo, sobre este tema ver: Pialoux, 1979.

²⁴ La expresión “lado oscuro de la fuerza” y el famoso balanceo hacia la oscuridad, difundidas por las dos trilogías “Star Wars”, han conocido un gran éxito entre los jóvenes que describo y siguen siendo utilizadas para describir la vida local o para bromear sobre el tema.

pero realmente sentido—). Más vale mascar su miedo para ser aceptado por el grupo. La utilización corriente del alcohol tiene en este contexto una doble ventaja, es un potente sedativo del miedo sin estar identificado como tal: procura una protección contra el miedo respetando la prohibición de hablar de él. Lo que aquí se dice sobre el miedo vale para el consumo de cannabis u otras drogas. Observamos en el terreno estudiado la puesta en marcha de conductas adictivas fuertes que en parte tienen esta función de lucha contra el miedo: ser un «*joven de suburbio*» es una especie de trabajo de riesgo, del cual lo más importante es «terminar mal» (vagabundo, detenido, inválido físico...).

Aquí también, existe una definición profana de la «locura» que está instrumentalizada por el control social: se trata de limitar el abandono producido por las conductas adictivas, de recordar los códigos sociales, las reglas y las jerarquías existentes. Hay que proteger el vínculo social que funda al grupo frente a la anomia que provocan los consumos excesivos de las drogas: individualismo ligado al recogimiento en sí mismo y a la incapacidad creciente de comunicar con el prójimo, robos para saciar su dependencia... «*Beber como un pozo sin fondo*», «*fumar como un loco*», ser llamado «*tox*» (tóxico), etc., son los reproches que estigmatizan y que subrayan la disminución de las capacidades intelectuales y físicas al igual que el carácter solitario y parásito (Sauvadet, 2005b). Los reproches estigmatizan, censuran y marginalizan, incluso excluyen.

El consumo de drogas sirve para mantener la cohesión social (éste permite olvidar los conflictos, el miedo, el aburrimiento —que frecuentemente son fuentes de conflictos—, también sirve para su glorificación (períodos festivos y fraternales), pero cuando se sobrepasan los límites se pierde el vínculo social, las personas se vuelven ininteligibles, lo que provoca la categorización dentro de los «*verdaderos locos*», en otras palabras, el rechazo. Esta categorización se hace aun más rápida dado que «la» sociedad no la invalida sino que la conforta: los jóvenes que gastan la casi totalidad de su dinero en el consumo de drogas no logran dar una imagen «conveniente» de ellos mismos (comprarse nueva ropa, ir regularmente a la peluquería...) y son rechazados (en la entrada de las discotecas o de los bares...) por «una» sociedad que les considera como medio vagabundos. La toxicomanía generaría una imagen de «vagabundo»

vía su costo financiero y sus consecuencias físicas: esta imagen está estrechamente asociada a la de la «locura negativa». Pobreza, toxicomanía y «locura negativa» se combinan para crear una imagen repulsiva, tanto frente a los cercanos (los amigos...) como frente a los lejanos (agentes de seguridad, transeúntes...). La «locura negativa» se concibe como un atributo lógico del proceso de transformación en vagabundo, y estaría casi automáticamente ligada a la muerte social, relacionada a una posición social que al exponerse masivamente y continuamente a diversas violencias rendiría inadmisibles los efectos de la «ley de la conservación de la violencia», con la emergencia de una tendencia autodestructiva vía el consumo abusivo de psicotropos (violencia principalmente orientada contra uno mismo). Esta «locura» está instrumentalizada por el control social, es utilizada como una lógica de distinción pero representa también un medio de prevención hacia los más jóvenes que constatan el carácter suicida del consumo extremo de las drogas.

C) JUGAR COMPLETAMENTE EL JUEGO O NO

Existen etapas que hay que cumplir para hacer carrera en los «*juegos de locos*» y ganar en capital simbólico y económico, hay disposiciones que hay que adquirir y riesgos que hay que aceptar. Participar en una pelea contra jóvenes de otro suburbio, destronar al líder o desvalorizar un competidor directo de «su» suburbio, imitar la «*mirada de loco*» de un líder, aprender a que «salga» la rabia sin temblar, convencerse de la necesidad de jugar completamente el juego para ser «*respetado*» (una forma de *illusio*, diría P. Bourdieu)... Para ser un líder, es necesario combinar hábilmente expectativas contradictorias: se trata de ser un «loco racional», es decir, un joven que puede «*jugar al loco*» pero que también sabe mostrarse razonable y evitar el costoso recurso a la fuerza (al utilizar con habilidad la manipulación a través de la intimidación, al apoyarse en su reputación, al conceder ciertos intereses económicos a sus competidores y al mostrar de esta manera sus buenas disposiciones para compartir, al demostrar su imparcialidad cuando arbitra conflictos...). Se trata de conocer lo más precisamente posible la definición profana de la «locura», el límite con el que hay que coquetear; se aprende a gestionar el estrés relacionado con la utilización de la pareja

violencia/locura. Los pasos al acto deben ser medidos y justificados²⁵, deben estar un mínimo separados en el tiempo con el fin de no dar la impresión de una violencia omnipresente. A través de tales signos se demuestra la capacidad a asumir el liderazgo.

La adquisición de un arma de fuego parece ser un estado particularmente significativo, como una especie de estado último de la socialización en «el juego de los locos». Una tarde de mayo 2001, iba a encontrarme con Brice (22 años) y con algunos adolescentes a quienes él distribuía cannabis. Llegó de repente conduciendo un coche el Gran Farouk²⁶, hablaron los dos, separados del grupo. Al cabo de diez minutos, Brice volvió hacia mí, me invitó a su coche y declaró:

Brice: «¿No sabes lo que me acaba de decir? ¡Él escuchó que habían unos tíos que me querían explotar!»

Yo: «¿Explotar?»

Brice: «Secuestrarme, despojarme, golpearme, no sé... Venir a mi casa para matarme (hace poco Brice se mudó a una pequeña residencia privada a un kilómetro del suburbio: su madre le expulsó del piso familiar). ¡Como Hamid! Sabes, Hamid del suburbio «X» a quien mataron frente a su mujer y sus dos hijos. Tú sabes que Farouk conoce a mucha gente: uno tipos vinieron a verle para preguntarle cosas sobre mí: cuánta pasta tenía (dinero), dónde vivía, mi coche, todo... Él les dijo que yo era un tío suyo, un tío derecho, que trabaja bien. Pero me dijo que no me descuidara. No tiene confianza. ¡Mierda, qué es eso! ¡Yo no lo conozco a ese tío! ¿Yo qué les hecho?»

Yo: «¿Pero son pequeños chorizos o tíos de los suburbios?»

Brice: «No sé.»

Yo: «Pero los pequeños chorizos no se meterían contigo»

Brice: «Sí. No, son tíos de los suburbios. De todas maneras, se va a informar. Me lo va a decir. Y yo también voy a buscar. ¿Es una cuestión de territorio, o qué? Me quieren echar. Eso, son los celos. Ven que ya no soy tan joven, que gano un poco de dinero... Son tíos que están ligados al barrio que ayudan a un tío de aquí. Es él que les contactó prometiéndoles comprar más hachis si yo ya no jodía más. ¡Mierda!

¡Si es Riton! (soplado con despecho)»

Yo: «¿Quién es Riton?»

Brice: «Es Aziz. Es su nuevo apodo. Por lo tanto no me la juego (Brice no frecuentaba más el café del barrio donde siempre estaba Aziz, y ocupaba la entrada de una torre alejada en el barrio desde donde controlaba la mayor parte del mercado del cannabis de la clase de edad adolescente, al igual que una pequeña parte de la clase jóvenes adultos, y donde recibía sus clientes exteriores al grupo estudiado). Pero igual, Aziz y yo hemos crecido juntos. Pero igual, ¡no estamos en eso! En todo caso, si sé que es él, si salgo vivo: yo le mato. Tengo que pedirle una pistola al Gran Farouk. Sí, ahora tengo que estar armado (Brice parecía muy molesto por el hecho de tener que vivir con una pistola: como si atravesara una frontera peligrosa). Aunque sea peligroso con los maderos, ¡no tengo alternativa! Tengo que prepararme a disparar. Mentalmente. Tengo que pensar en ello. Siempre es mejor disparar primero. ¡Ah, sí! ¡No voy a esperar a que me maten!»

Yo: «¡Sin embargo Aziz es un buen tío! Si...»

Brice: «Los tíos, ya no se sabe de qué son capaces. La pasta les vuelve locos. Tu peor enemigo puede ser tu mejor amigo. Ahora, hay un ambiente podrido. A ese nivel hay demasiado vicio. Tengo que prepararme...»

Yo: (no sé absolutamente qué decir) «Qué duro.»

Brice: «No puedo vivir así. Es demasiado peligroso... Es muy una cosa de locos (silencio). O caminas derecho y es el Estado que te jode (con un diploma de mecánico, a los 22 años, Brice ya estaba en el paro desde hace mucho tiempo), o haces negocios. Pero además de luchar contra el Estado y sus maderos, ahora luchas contra los otros (delincuentes de la calle). Para sobrevivir. Simplemente sobrevivir (soplado con cansancio)»

Un poco más tarde, Brice me explicó que deseaba partir un mes a Tailandia, después siguió con la descripción de la situación dramática de los damnificados de un temblor comentado por los medios de comunicación (¿una situación que podía simbolizar lo que él había sentido?). Por fin, me comentó un proyecto de enrolarse en el ejército. Brice necesitaba una «bocanada de oxígeno», buscaba una «puerta de

²⁵ Por ejemplo, si se trata de una pelea económica: el total de la deuda es revisada durante las discusiones entre amigos, la duración del crédito, al igual que el respeto que se han manifestado los protagonistas antes de llegar al conflicto (en conformidad a la diferencia de edad y de reputación). Por otro lado se evalúa la severidad de las represalias.

²⁶ El término "Gran" se utiliza para diferenciar a dos Farouk: el mayor ha sido llamado Gran Farouk y el más joven Pequeño Farouk. El mayor es uno de los delincuentes más temidos y un líder. Este apodo se conforma a su *standing*, y de esta manera atraviesa más de un decenio. El otro Farouk se deshizo rápidamente del término "Pequeño". Gracias a sus numerosas hazañas (peleas, actividades deportivas, robos...), ya nadie le llama el "Pequeño Farouk".

salida».

Según existan o no las «puertas de salida» (parciales o totales), el actor está más o menos implicado en el juego, incluso puede estar prisionero o «totalmente» liberado. Una historia de amor, un hijo, la vuelta de la influencia de los padres, un empleo, una carrera deportiva, etc... son todos elementos de fuerzas centrífugas que permiten a los «jóvenes de los suburbios» extraerse (parcialmente al menos) de este «juego de locos», desarrollar nuevas disposiciones. Al contrario, un despido, una ruptura amorosa o las interdependencias propias a la economía ilícita de la droga, representan las fuerzas centrípetas que anclan a los actores concernidos en el «juego de locos» citado precedentemente²⁷, al citar el *illusio* propio a este juego, en particular si el actor ha crecido en el barrio. Los jóvenes más influyentes del grupo estudiado son todos «puros productos de los suburbios», allí dieron sus primeros pasos, tienen muy poca distancia con respecto al entorno. El enclave ha favorecido fuertemente la absorción de sus propias *illusio* en el campo «jóvenes de los suburbios» al igual que sus importantes carreras en este campo.

Los jóvenes «de los suburbios» no disponen todos de los mismos recursos para jugar al juego, algunos son constantemente perdedores y sufren más que los demás, algunos se benefician de una situación que se ha vuelto relativamente cómoda *via* una reputación que les evita pasar a la acción. Paralelamente, aquellos que tienen el mismo nivel de recursos no han realizado todos los mismos esfuerzos para obtenerlos. Algunos son herederos, otros no, algunos son hermanos mayores temidos y respetados, algunos al principio sólo han comenzado con sus puños y su astucia. Algunos han escapado a numerosas violencias porque eran «hermano de», «mejor amigo de», hasta «hijo de» o «sobrino de», otros han sido expuestos desde muy temprano de manera continua a la violencia de la calle y están mucho más marcados por la «ley de conservación de la violencia». Es evidente que no todos tienen el mismo grado de exposición al «juego de locos».

Se observa igualmente algunos elementos moderadores, a menudo desbordados por la amplitud de los eventos, que escapan parcialmente al «juego de locos» al sublimar tanto

como es posible los vínculos de camaradería que unen a los «jóvenes de los suburbios» y al militar activamente para reforzar estas relaciones. Dan más de lo que reciben y se encuentran frecuentemente fuera de competición, fuera del «juego de locos» caracterizado por la rivalidad exponencial y su espectáculo. Tienen capacidades (¿de expresión?) afectivas más desarrolladas, de las que se puede en general entender la génesis al estudiar sus relaciones familiares. Otros mantienen una distancia con respecto al juego que se explica ya que juegan a varios juegos al mismo tiempo, disponen de diversos espacios sociales donde expresarse, etc., saben que tienen (han encontrado) «puertas de salida» parciales (escolarización recompensada, amor maternal casi sin fallas, redes de amigos situadas al exterior del juego en cuestión...). A menudo, éstos corresponden a los «hijos de papá» de los cuales hemos hablado al comienzo del artículo (los que se integran al grupo a partir de la adolescencia y enseguida se alejan rápidamente al llegar a la edad de joven adulto).

D) UN EJEMPLO DE «LOCURA NEGATIVA»: LA HISTORIA DE ABDEL

Conozco a Abdel desde hace quince años. Su padre, un campesino cabillio convertido en obrero parisino, está en prejubilación debido a problemas de salud y pasa la mayor parte del tiempo en la penumbra del comedor mirando la única televisión familiar. Su madre tuvo tres hijas y cinco hijos. El mayor murió de una sobredosis (de heroína), el segundo fue internado por demencia. Los otros tres hermanos representan una de las dos hermandades más temidas del grupo estudiado (la del Gran Farouk). Abdel, «el último», duerme en el cuarto de sus hermanos, y con ellos, no toca ninguna droga. Acomplejado, es víctima de trastornos obsesivos compulsivos (se rasca constantemente el mentón con el hombro...). Frecuenta a los más jóvenes que él, ya que rechaza las prácticas delincuentes de sus pares: por lo menos es reconocido y respetado por el conjunto del grupo ya que es el hermano del Gran Farouk. Esta herencia le dispensa de hacer sus pruebas, y, de golpe, de varios excesos. Disciplina escolar y actividad deportiva:

²⁷ E. Goffman (1975) explica: «Con esta ambivalencia que impregna el afecto del individuo por su categoría estigmatizada, se concibe que no siempre la apoya, se identifica y participa sin vacilar. También existe un verdadero 'ciclo de afiliación', con el que el individuo llega a aceptar las ocasiones de participar en el grupo que se le ofrecen, o bien de rechazarlas mientras que antes las hubiera aceptado».

Abdel dice estar en «*el buen camino*». Su lado introvertido (por ejemplo no trata de seducir a ninguna chica) y su verdadero gusto por la cultura le hacen pasar sin dificultad la «barrera» del colegio (lo que en un contexto de alta selección escolar es casi un milagro). Es el primer varón de la familia en ir al instituto, a tres kilómetros de distancia. Allí pierde «su título» (nadie conoce a su hermano mayor) y soporta burlas (debido a sus trastornos obsesivos compulsivos). El nivel escolar allí es más alto: sus profesores no le consideran más como un buen elemento sino como un alumno medio. Hace falta un elemento moderador para «tranquilizar al tontito dañado», diría Erving Goffman. Abdel se encuentra desestabilizado y se pone peleón, lo que trae como consecuencia su expulsión definitiva. Rechazado por los institutos de los alrededores, acepta con lágrimas en los ojos una formación profesional en el otro extremo del departamento de su región. Su enseñanza ya no le interesa y cohabita difícilmente con los jóvenes originarios de los suburbios vecinos. Enviado entre aquellos con que trata de diferenciarse, no hay modo de que éstos últimos le intimiden, le ridiculicen, le roben o le golpeen. No hay modo de que él baje los ojos. Su actitud es altanera y solitaria, se encuentra entre dos mundos y se da cuenta de que no será reconocido ni en uno ni en otro. Ninguna posición social corresponde a su situación vivida, parece errar en un *no man's land*, sin poder apoyarse en un moderador, alguien que le mostraría el camino hacia una «puerta de salida honorable» como diría E. Goffman (1969). Abdel «estalla». Un día, «*se lia*», golpea y enseguida se escapa hasta la estación de trenes más cercana, de donde mantiene a sus adversarios a distancia lanzando piedras de la vía férrea. Tiene miedo de volver al instituto, de que le den una puñalada o de que le linchen. Todo bascula.

Este incidente es crucial: a partir de esta fecha, ya no está ni escolarizado, ni integrado profesionalmente. Se arrastra por el suburbio teniendo por compañeros al aburrimiento y la vergüenza. Tiene 18 años y rechaza cualquier consumo de drogas. Empieza a hablar solo: reprocha a los pájaros de «*cagarle en la cabeza*». Desconcertados por su comportamiento, el resto de los jóvenes se desolidarizan y le evitan, o físicamente o ignorando su presencia y sus propósitos. Su reputación de «*loco*» se construye poco a poco, ésta justifica comportamientos cada vez más distantes y despreciativos, pero en

cualquier modo prudentes.

Un día, después de varias horas silenciosas mirando el scooter flamante nuevo de Giali, Abdel pide dar una vuelta. Giali rechaza. Sin una palabra, Abdel se arroja sobre él, pero pierde la ventaja. Giali, a pesar de su pequeño tamaño, le inmoviliza sin golpearle, le tranquiliza y le suelta lentamente. Él no quiere problemas con el Gran Farouk y demuestra mucha sangre fría. Abdel, por su lado, no piensa quedarse en eso. Después de levantarse, después de haber mirado al grupo de jóvenes (de los que yo formo parte) que espera su reacción, saca un cuchillo y lo entierra dos veces en el muslo derecho de Giali: dos semanas de hospital. Los «*jóvenes de los suburbios*» quedan bajo shock.

Giali es muy apreciado: nunca abusa de su fuerza, incluso lleva su «*biz*» («*business*») sin hacer ruido, es brillante en todos los deportes... Los hermanos mayores de Abdel siempre hacen negocios con él y le consideran como alguien fiable con un cierto porvenir en el medio de la economía de la droga. En consecuencia, le indemnizan financieramente y repudian a su hermano menor públicamente después de haberle golpeado, le echan del suburbio. Abdel viste el traje del paria: saquea el piso de su familia y se refugia en una camioneta abandonada en un estacionamiento no muy lejos en el suburbio.

Después de muchos meses, gracias a su madre, vuelve al domicilio familiar. Primero discreto, reaparece progresivamente en el seno del grupo «*jóvenes de los suburbios*». Es tolerado apenas: ya no monta líos. Abdel parece atrapado: se queda «*atrapado en el barrio*». Por ejemplo, es incapaz de ir solo a París, ya sea en transporte en común o en coche. Comienza a consumir tabaco y cannabis. Su salud se degrada (los problemas dentales le desfiguran y le hacen sufrir).

Con un fondo de dificultades casi comunes a todos los «*jóvenes de los suburbios*», la fragilidad psicológica de Abdel se acentuó hasta convertirse en un caso pesado y peligroso, víctima de diversos procesos de desafiliación (desafiliación escolar, luego no-afiliación profesional, luego una desafiliación con los «*jóvenes de los suburbios*», luego familiar). Su afirmación «*guerrera*» en el grupo estudiado se ejecutó de una manera desconectada de las normas y de los valores que presiden el control social, y cuyo respeto determina enormemente el capital social de cada uno. Abdel, debido a un motivo banal,

agredió de manera salvaje, sin verbalizar, a un joven particularmente popular que perdió el combate sólo por respeto por el hermano de Abdel, el Gran Farouk. En paralelo, Abdel siempre adoptó un comportamiento desafiante y distante con respecto al resto del grupo «jóvenes de los suburbios». Su seguridad sólo descansa en los hombros de su hermano mayor: el Gran Farouk es la condición *sine qua non* que permite a Abdel expresar su arrogancia y su agresividad hacia los «jóvenes de los suburbios», de los cuales trata de diferenciarse. Parece evidente que su comportamiento desencadena una animosidad cada vez menos implícita.

Su «acto de locura» se percibe como un problema de orden «psiquiátrico», en el sentido en que se refiere a la «locura negativa», «a la verdadera locura», éste descalifica a Abdel al atribuirle la etiqueta de paria, del «loco» marginal que no puede integrarse en las redes estructuradas de las relaciones humanas... Los hermanos mayores de Abdel, ellos, sí lo saben y han conservado intacto el capital social que representan Giali y todos los que personifican un apoyo de manera más o menos explícita. Mejor: han demostrado que los lazos de sangre pueden ser más frágiles que los lazos de amistad y de interés que se tejen en el grupo «jóvenes de los suburbios». La actitud de ellos alivia al resto del grupo.

4. BIBLIOGRAFÍA

- ARLACCHI, P.: *Mafia et Cies. L'éthique mafiosa et l'esprit du capitalisme*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1986.
- BOISSINOT TORRES, D.: «La santé mentale en population générale. Une expérience dans les quartiers nord de Marseille», dans Joubert M. (dir), *Santé Mentale, Ville et Violences*, Erès, Tolosa, 2003.
- BOURDIEU, P.: *Le sens pratique*, Paris, Seuil, 1980.
- BOURDIEU, P.: *Méditations pascaliennes*, Paris, Seuil, 1997.
- BOURDIEU, P.: *La domination masculine*, Paris, Seuil, 1998.
- BOURDIEU, P.: *In search of Respect. Selling Crack in El Barrio*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995.
- CASTEL, R.: *L'Insécurité sociale. Qu'est-ce qu'être protégé?*, Paris, Seuil, 2003.
- CHAUVEL, L.: *Le destin des générations*, Paris, PUF, 2002.
- CHOQUET, M. et LEDOUX, S.: *Attentes et comportements des adolescents*, Paris, INSERM, Editions Espaces 34, 1998.
- DEJOURS, C.: *Souffrance en France*, Paris, Seuil, 1998.
- DUBET, F.: *La galère: jeunes en survie*, Paris, Seuil, 1987.
- FOUCAULT, M.: *Histoire de la folie à l'âge classique*, Paris, Gallimard, 1972.
- GOFFMAN, E.: «Calmer le jobard: quelques aspects de l'adaptation à l'échec», en *Le parler frais d'Erving Goffman*, Paris, Minuit, 1969.
- GOFFMAN, E.: *Stigmate*, Paris, Minuit, 1975.
- HOGGART, R.: *La culture du pauvre*, Paris, Minuit, 1970.
- LAÉ J-F. et MURARD, N.: *L'argent des pauvres*, Paris, Seuil, 1985.

3. CONCLUSIÓN

Cuestión verdaderamente política, en la que la pregunta central es la gestión colectiva de las relaciones de dominación y de «la locura».

La «locura» es un argumento mayor del control social característico de grupo «jóvenes de los suburbios», sobre todo con respecto a dos problemas centrales: la violencia dirigida hacia ajenos (simbolizada por la agresividad física y verbal) y la violencia dirigida hacia sí mismo (simbolizada por «la destrucción de sí mismo» *vía* prácticas adictivas abusivas: «flipar», «reventarse», «ponerse KO», etc., son todas expresiones y a la vez testimonios de esta voluntad).

El grupo debe elaborarse con definiciones profanas de la «locura» con el fin de sobrevivir un mínimo como grupo, con el fin de imponer un mínimo de normas en un entorno social muy desorganizado que machaca las resistencias y la razón de las personas.

Por un lado la violencia entra en la «locura» para incrementar su impacto y «jugar el juego de los locos» que impone la vida de los «jóvenes de los suburbios», por otro lado la violencia se limita por esta misma «locura», que se vuelve un elemento del control social *vía* la diferenciación entre los «locos» conformes con las necesidades del juego social («locura positiva») y los «verdaderos locos» juzgados inaceptables, ya que juzgados asociales, incontrolables e ininteligentes («locura negativa»).

- LEPOUTRE, D.: *Cœur de banlieue, codes, rites et langages*, Paris, Odile Jacob, 1997.
- LOVELL, A.: *Etats des lieux de la recherche en sociologie et anthropologie des maladies mentales et de la santé mentale*, Ministère de la Santé et de la Protection Sociale/CESAMES, 2003.
- MAUGER, G.: Fossé-Poliak C., «Les loubards», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 50, 1983.
- MAUGER, G.: «L'apparition et la diffusion des drogues en France», *Contradictions*, n° 40, 1984.
- MAUGER, G.: *Espace des styles de vie déviants des jeunes de milieux populaires*, en Baudelot C., Mauger G. (dir.), *Jeunesses populaires. Les générations de la crise*, Paris, L'Harmattan, 1994.
- MAUGER, G.: *Election parentale, élection scolaire*, dans Huerre P., Renard L. (dir.), *Parents et adolescents, des interactions au fil du temps*, Paris, Erès, 2001.
- MONOD, J.: *Les barjots*, Julliard, Paris, 1968.
- MUCCHIELLI, L.: «Familles et délinquances. Un bilan pluridisciplinaire des recherches francophones et anglophones», *CESDIP, Etudes et données pénales*, n° 86, 2000.
- MUCHEMBLED, R.: *La violence au village. Sociabilité et comportements populaires en Artois du XVème au XVIIème siècle*, Bruselas, Brepols, 1989.
- PIALOUX, M.: «Jeunesse sans avenir et travail intérimaire», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 26-27, 1979.
- PITT-RIVERS, J.: *Anthropologie de l'honneur*, Paris, Hachette, 1997.
- JOUBERT, M.: *Politiques locales et nouveaux dispositifs d'action dans le domaine des toxicomanies*, *Déviance et société*, vol. 23, n° 2, 1999.
- JOUBERT, M.: «Santé mentale, villes et conduites à risques: les bases d'une réflexion croisée entre chercheurs et acteurs de terrain», en Joubert M., Giroux-Arcella P., Mougín C. (dir.), *Villes et toxicomanies. De la connaissance à la prévention*, Paris, Erès, 2005.
- SAUVADET, T.: «Causes et conséquences de la recherche de "capital guerrier" chez les «jeunes de la cité"», *Déviance et Société*, Vol. 29, n° 2, 2005a.
- SAUVADET, T.: «Hiérarchisation et consommation de drogues chez les «jeunes de la cité"», en Joubert M., Giroux-Arcella P., Mougín C. (dir.), *Villes et toxicomanies. De la connaissance à la prévention*, Paris, Erès, 2005b.
- SAYAD, A.: «La malédiction», en Bourdieu P. (dir.), *La Misère du monde*, Paris, Seuil, 1993.
- SCHWARTZ, O.: *Le monde privé des ouvriers*, Paris, PUF, 1990.
- VON CLAUSEWITZ, C.: *De la guerre*, Paris, Gérard Lebovici, 1989.